

La importancia de la Historia en la educación patrimonial: Herramientas didácticas para la atribución de valores al patrimonio urbano

The importance of History in the heritage education: Didactic materials for assigning values to the urban heritage

Belén Calderón Roca
Universidad de Córdoba, belencalderon@hotmail.com

Resumen

El patrimonio urbano atesora una serie de valores que se reconocen por medio de signos e imágenes, y su reconocimiento posibilita la identidad cultural de las comunidades. Ese conjunto de imágenes individuales se inserta en un complejo sistema mnemotécnico colectivo y sigue una estructura axiológica, que precisa de un método adecuado para su interpretación. Es necesario efectuar múltiples miradas hacia el pasado desde el presente, y efectuar un proceso de re-lectura historiográfica que filtre los acontecimientos y exhiba el hecho histórico fundado sobre una verificación crítica, incorporando además, el carácter espontáneo de la memoria que lo ha producido.

Palabras Clave: Historia, Didáctica del Patrimonio Cultural, Educación Patrimonial, Patrimonio Urbano, Ciudad Histórica, Valor.

Abstract

The urban heritage treasures a set of values that are recognized by signs and images, and their recognition enables the cultural identity of communities. This group of individual images is inserted into a complex collective mnemonic system and follows an axiological structure, that requires a suitable method for the interpretation. It's necessary to carry out multiple looks at the past from the present, and make a historiographical re-reading to filter the events and exhibits the historical fact founded on a critical check also incorporating the spontaneous nature of memory that has caused.

Key words: History, Teaching of Cultural Heritage, Heritage Education, Urban Heritage, Historical Town, Value.

“La ‘experiencia’ histórica de una sociedad es su único referente positivo, su única advertencia tangible, para saber a qué atenerse y poder perfilar los planes y proyectos que se propone ejecutar en el presente y de cara al porvenir, evitando así toda operación de salto en el vacío y

toda actuación a ciegas o por simple tanteo” (Moradielos, 1994: 15).

1. Introducción

La identidad cultural de una comunidad se reconoce en su territorio, definiéndose como el

conjunto de recuerdos del pasado que permanecen presentes en la conciencia colectiva; un flujo permanente que abraza toda actividad social desde su inicial asentamiento, crecimiento, evolución y establecimiento en un determinado contexto o ambiente, reflejándose en las creaciones culturales en las que la sociedad trata de reconocerse. Dicha identidad cultural se funda necesariamente sobre significados, comportamientos y actitudes comunes; reacciones ante vivencias semejantes en las que los actores-espectadores de dicha comunidad se ven envueltos o afectados, y va nutriéndose progresivamente de recuerdos que la propia comunidad va incorporando paulatinamente a su propia memoria. Se puede hablar entonces de acontecimientos singulares ensamblados por una estructura común, y conducidos por un mismo código que llevan a configuraciones de conciencia similares. Sin embargo, existen numerosas condiciones de socialización que influyen en la conciencia actuando como filtro de las vivencias, determinando y limitando al mismo tiempo las experiencias conforme a una predisposición previa (Calderón, 2012a):

- La pertenencia a una determinada comunidad lingüística obliga a ordenar las experiencias según la capacidad de articulación y expresión particular de un contexto social concreto. Los recuerdos, las narraciones orales o el silencio constituyen también un elocuente lenguaje que debe

clasificarse según metáforas y conceptos específicos.

- La tradición religiosa ampara las propias cosmovisiones y los esquemas ideológicos heredados, mediante los cuales se liberan, frenan o clasifican las informaciones generadas de las experiencias.

- La defensa de particulares ideologías en cualquier comunidad, de acción política (organizaciones, asociaciones o partidos), siempre precederá a la conciencia.

- La estratificación socioeconómica condicionará asimismo, configuraciones relativamente homogéneas y de un modo manifiesto o encubierto, según el grado de implicación de los actores-espectadores en los acontecimientos, y su pertenencia a su entorno socioeconómico determinado.

- La capacidad de impresión por las experiencias vividas y el modo de recepción de los acontecimientos, será diferente según los límites generacionales, bien se produzcan en la adolescencia, la madurez o en edad avanzada.

En cualquier caso, y aunque influidos por los condicionamientos anteriormente mencionados, nuestros recuerdos proceden en gran parte de la observación, y son producto del modo de mirar que ejercemos, haciendo uso de las herramientas habituales de las que disponemos y conocemos, de las que somos capaces de poner en práctica. Los valores

patrimoniales constituyen una fuente de información de vital importancia como objeto social para el conocimiento del entorno, especialmente en las generaciones más jóvenes. Sin embargo, dichos valores sólo aumentarán, en la medida que más personas sean capaces de compartir la fruición de los bienes que forman parte integrante del patrimonio (Calderón, 2012b: 2855), que dependerá directamente, de la efectividad de método utilizado para comunicar los valores y del contexto de referencia en el que se sitúa el patrimonio (Fontal, 2006:11). Resulta mucho más fácil valorar el patrimonio que se ha generado en el pasado, que el que ha sido creado desde el presente, pues no disponemos de una distancia temporal que nos permita filtrar la información sobre los acontecimientos con margen de circulación suficiente. En cualquier caso, el ejercicio rememorativo resulta fundamental. Un pueblo o una colectividad pueden vivir durante largas décadas o siglos sin memoria histórica relativa a su propio pasado colectivo, o cuanto menos, esta conciencia histórica puede no manifestarse de forma significativa, ni en el campo de la historiografía, ni en el de la actividad social o cultural. Efectivamente, la historiografía puede jugar, y de hecho, muchas veces ha jugado, un importante papel en la construcción y reconstrucción de la conciencia histórica, ya que al estudiar el patrimonio, el historiador puede aportar luz a la conciencia histórica de una comunidad facilitando la

evocación de acontecimientos olvidados o difusos pertenecientes a una colectividad. Porque el patrimonio no deja de ser una elección, y sus valores, una selección del pasado con una historicidad intencionada, que se transforma en la información pautada que queremos transmitir.

El valor de aquellos bienes que merecen ser parte integrante del Patrimonio arraiga en el sustrato de la identidad cultural de una comunidad, ya que precisamente, lo “patrimonial” como herencia contiene una serie de cualidades o valores que deben ser identificados, reconocidos y valorados para su transmisión. Tanto si nos referimos a la educación formal, como a la no formal, se requiere una actitud específica de exploración, de reflexión y de reconocimiento de lo propio, indispensables para desarrollar el sentido de pertenencia y despertar el sentimiento afectivo hacia el patrimonio. La identificación implica una selección, y dicha selección se basa en criterios que giran en torno al modo, en el cual, los bienes patrimoniales son aprehendidos y rememorados por la colectividad en su contexto de referencia. Lógicamente este requisito no es fácil consecución y requiere de unos condicionantes actitudinales y aptitudinales.

Al hilo de lo anterior, la falta de unidad en el lenguaje que afecta al estudio del Patrimonio, ha impedido que se genere una perspectiva teórica amplia y cohesiva, que le

permita situarse como disciplina autónoma. Por otra parte, en la mayor parte de las investigaciones sobre patrimonio cultural predomina, a menudo, un enfoque con planteamientos taxonómicos y cronológicos, y finalidades conservacionistas. Exceptuando los magníficos estudios sobre didáctica específica del patrimonio, efectuados en España por autores como Roser Calaf, José María Cuenca, Jesús Estepa, Olaia Fontal y Joan Santacana entre otros, o desde el campo de la interpretación por Morales Miranda, no contamos aún con un corpus metodológico denso que se ocupe de la educación patrimonial, y de los modos de acceso al conocimiento del patrimonio urbano. Quizá sea el momento de replantearnos nuevos enfoques para identificar los bienes patrimoniales de nuestras ciudades orientándolos hacia la apropiación social, proyectando los resultados para su difusión mediante experiencias didácticas innovadoras. La educación patrimonial debe superar cualquier barrera disciplinar, metodológica o curricular, y enfocarse de una forma holística, tanto en el aprendizaje formal, como en el no formal (Cuenca, Estepa, Jiménez, Martín y Wamba, 2013). Es cierto que la finalidad última de la tutela del patrimonio es su conservación, pero los medios materiales, humanos y económicos que se destinan a la misma, deben orientarse a un objetivo prioritario: dar a conocer, pues no podremos valorar nunca aquello que no conocemos.

Llegados a este punto, cimentar la construcción de pautas didácticas y superar algunas de las barreras teóricas enquistadas respecto al patrimonio urbano, construyendo conocimientos desde la práctica y la propia experiencia, para ulteriormente conceptualizar los resultados (Calaf, 2010), es una de las metas del presente trabajo.

2. Los valores del patrimonio urbano.

La singularidad y la heterogénea naturaleza de los bienes culturales implica que su valor no sea unívoco; está compuesto de valores intrínsecos y extrínsecos, individuales y plurales, que confluyen en la condición de pertenencia en el conjunto de bienes heredados que denominamos Patrimonio Cultural. Partimos de la premisa de que el concepto mismo de Patrimonio no es fácilmente definible, precisamente por la multiplicidad de los adjetivos añadidos, e inclusive resulta más complicado en el caso del patrimonio urbano. Podríamos calificar este último como el conjunto de testimonios de diversa índole (tangibles o intangibles), que las sociedades contemporáneas eligen e incorporan a su sistema cultural, confiriéndoles usos, significados y valores, íntimamente relacionados con la capacidad de dicho patrimonio para evocar y representar los rasgos identitarios de las sociedades que los generaron y a las que se sienten vinculadas. Ello requiere, lógicamente de un proceso de

atribución, es decir, los testimonios patrimoniales únicamente se convertirán en documentos capaces de expresar un determinado significado si se dan las condiciones contextuales necesarias. Los condicionamientos de nuestra herencia cultural, las propias sugerencias del individuo, el gusto personal o la predisposición de ánimo con que se ejerce la contemplación, se configuran como agentes responsables directos del impacto que provocan en nosotros los objetos percibidos. Estas circunstancias nos obligan a percibir las emociones que desprende el lugar, polarizando nuestra sensibilidad e inundándola de imágenes. La heterogénea arquitectura; las trazas constructivas; la trayectoria y el recorrido de la trama viaria, las perspectivas, la conciliación de espacios vacíos y ocupados, los encuentros y desencuentros...; integran una serie infinita de situaciones, así como de relaciones frecuentes y densas que aparentemente, sólo nos ofrecen una mera sensación estética. Empero, el patrimonio urbano se compone de elementos que van más allá del medio físico; viene engendrado por las gentes, las costumbres, las supersticiones, las creencias, el folclore, las expresiones de los seres humanos, los testimonios y los silencios, que a veces ilustran un recorrido lúcido y atractivo, mientras que otras nos muestran un camino difuso y remoto... Por otra parte, hablamos de “urbano” porque hacemos referencia a la ciudad, es decir, un organismo vivo en

continua transformación que esencialmente constituye un sistema; una realidad inconclusa que se nutre fundamentalmente de experiencias humanas. Por ello, la correspondencia entre individuo y ambiente urbano va mucho más allá del concepto de espacio tangible, permitiendo que confluyan significados a todos los niveles de la acción humana. Existe pues, una dependencia mutua que mantiene permanentemente conectados al individuo con el territorio donde habita (Lozano, 1980: 15-16).

Podríamos definir dos esferas en el estudio del patrimonio urbano, a partir de las cuales se concretan sus valores, aglutinando una serie de interconexiones que fluyen desde el origen mismo de nuestro conocimiento del espacio urbano:

- 1) La esfera topológica: Se trata de una dimensión externa y física, matemáticamente definible y mensurable, que puede captarse objetivamente. Consiste en una descripción objetiva de las dimensiones, distancias, volúmenes..., y está compuesta de información universalmente reconocida y verificable.
- 2) La esfera espiritual: Constituye una dimensión interna, subjetiva y psicológica, que va adquiriendo identidad a razón del criterio y las emociones de quien la analiza. Será el resultado de una operación selectiva, interpretativa y subjetiva, cumplida por nuestra propia percepción del espacio topológico.

Las circunstancias concretas que influyen en la percepción, junto con los condicionantes mencionados anteriormente, podrán inducir a una reflexión, a la aprehensión y a la subsiguiente comunicación de lo percibido. Así pues, comunicar significa etimológicamente poner en común, y una situación no puede ser plenamente aprehendida y compartida si no consideramos las interrelaciones que la caracterizan. A juzgar por cómo sea el trance, según será el juicio personal emitido y la valoración y apreciación que se desprenderá de éste: “el patrimonio es en realidad un vínculo atribuido por los sujetos que lo significan” (Gómez, 2014: 15). Pero, ¿cómo generar y perpetuar ese vínculo?

En el proceso de atribución de valores debemos partir de *lo local*, tratando de conectar la escala individual con la colectiva, para ulteriormente proceder a enseñar a valorar otros tipos de patrimonio a mayor escala territorial. El funcionamiento es el siguiente: Por naturaleza, los valores del patrimonio urbano son estimulados a través de la experiencia colectiva, se comunican y se transmiten porque están ligados a su propia existencia y a la de los individuos que disfrutan de ellos, contemplando la opción de disfrute futuro de otras generaciones, mediante el legado de los bienes integrantes de dicho patrimonio. Al respecto, Jorge Morales Miranda afirma que “cualquier forma de

interpretación que no relacione los objetos que presenta y describe con algo que se encuentre en la experiencia y la personalidad de los visitantes, será totalmente estéril” (Morales, 1998: 46). Efectivamente, la experiencia resulta imprescindible para rescatar el mensaje auténtico para el legítimo conocimiento y valoración de nuestro legado cultural. Joaquim Prats opina que desde el punto de vista pedagógico, la historia local y los estudios sobre el entorno pueden constituir un importante impulso para incrementar el aprendizaje de la Historia. En nuestra opinión, tal argumento puede ser extrapolable a los elementos patrimoniales. Cuando el individuo toma contacto directo con su entorno más próximo, se sitúa en una situación idónea para el descubrimiento por observación, pues ello le permite apreciar la ligazón entre las cosas concretas, comprobables y cercanas, que se podrán transformar más fácilmente en conceptos (Prats, 1996: 93). Algunos autores como Giulio Carlo Argan, entienden la atribución de valores a la ciudad histórica como una operación dialéctica, siendo la configuración urbana el equivalente visivo de la construcción lingüística. Para Hans-Georg Gadamer la hermenéutica refrenda el papel de la palabra y la imagen, en la determinación conceptual de las experiencias humanas básicas, motivando asimismo la conformación de la conciencia histórica.

No cabe duda de que entre la historia y la ciudad se teje una animada dialéctica de intrahistorias, y se articulan unas concatenaciones de palabras/situaciones, que generan un orden de valores, y ello impulsa a investigar los significados de los hechos que los han motivado. Las palabras/situaciones se asocian en la memoria y se agrupan con una relación sintagmática, generando un flujo continuo de imágenes que mutan y se combinan de forma caprichosa; se transforman en discurso, en el espacio visivo de la ciudad. Es labor del historiador ilustrar dicho discurso y descifrar la miscelánea de mensajes acumulados en dicho espacio visivo, que se encuentran depositados en los diversos niveles de nuestra memoria.

3. El juicio de valor a través del método histórico: Herramientas didácticas para educar en la atribución de valores al patrimonio urbano.

La memoria como vida, y ésta a su vez, entendida como caudal cultural en continuo flujo, afecta como hemos visto en párrafos anteriores, a todas las actividades sociales, que se reflejan en las creaciones culturales tangibles, testigos materiales de esa vida que asume una determinada duración. Pero independientemente de su prolongación física en el tiempo, dicha vida –ya corpórea- crea un nexo de familiaridad y suscita un sentimiento de satisfacción, motivado por la adhesión a

dichos testigos a los que nos hemos acostumbrado, y a los que hemos otorgado una estima, derivada de nuestra vinculación con ellos. No obstante, dicha memoria permanece ajena a sus reiteradas e inevitables deformaciones, si bien como condición inherente a su carácter de vulnerabilidad respecto a su uso y manipulación, es además sensible a prolongados letargos y súbitas reapariciones. La memoria es un fenómeno siempre de actualidad que mantiene conexiones indisolubles con el presente, ya que se nutre de recuerdos (globales o particulares, positivos o negativos, parciales, difusos, íntimos o públicos, simbólicos, afectivos...) sensibles a censuras o proyecciones. La memoria como una de las dimensiones de la historia, es un sustrato profundamente subjetivo y selectivo de la historia, indiferente a las reconstrucciones de conjunto. Es una construcción siempre filtrada por los conocimientos adquiridos con posterioridad, matizada por el presente, abierta a la reflexión que sigue al suceso y condicionada por otras experiencias que se superponen a la originaria y modifican el recuerdo. Dado su carácter subjetivo no precisa de ensayos o verificaciones y se encuentra en transformación permanente (Traverso, 2007: 22-23). Y en honor a la verdad, la memoria de la ciudad sería asimilable a la metáfora del *Tapiz de Penélope*: “la tela se modifica cada día a consecuencia del olvido que nos acecha, para

reaparecer más tarde, a veces mucho más tarde, tejida de forma distinta a la del primer recuerdo” (Benjamin: 1998).

La Historia por el contrario, representa la reconstrucción problemática e incompleta de acontecimientos, hechos o situaciones que no volverán a existir más. Ésta es una operación intelectual compleja que requiere representar del pasado de manera empática, apelando al análisis y al discurso crítico. Aunque la historia nace de la memoria, se nutre de ella, y es en el fondo una parte de la misma, también se escribe en presente, aunque para existir como conocimiento científico ha de liberarse de la memoria, no rechazándola, sino distanciándose del pasado. La Historia implica realizar un examen de los hechos del pasado *ex profeso*, insertando el pasado en un orden temporal cerrado, apelando a la razón y desglosando el tiempo en ciclos. Mientras que la memoria supone una reflexión sobre los acontecimientos, perpetuando el pasado en el presente y solapando etapas temporales.

Desde esta perspectiva Pierre Nora, a quien se debe la renovación del debate historiográfico sobre la memoria a partir de los años 80 del pasado siglo, ratifica la antinomia entre historia y memoria. La memoria tiene una vocación singular ligada a la subjetividad de los individuos y los grupos, es afectiva y sacraliza los recuerdos. Mientras que la historia es una construcción crítica y secular del pasado, se precisa objetiva y retrospectiva,

y se fundamenta en la distancia (Nora, 1984). No obstante, hay que tener en cuenta la influencia de la Historia sobre la memoria, de modo que no existe memoria literal originaria y no contaminada, ya que el recuerdo se encuentra permanentemente sometido a la reelaboración derivada del juicio colectivo y a la influencia del criterio historiográfico.

Tradicionalmente, la Historia se ha concebido como una narración con secuencia temporal, elaborada desde conceptos totalitarios, donde los protagonistas eran los datos y los hechos, frente a los fundamentos o motivos. Una sucesión cronológica de sucesos memorables, donde las investigaciones se dirigían a evocar el perfil de los acontecimientos del pasado, con el propósito de recomponer su correspondiente relato diacrónico. Hoy la concebimos como resultante de un sistema orgánico de factores interdependientes, que permite elaborar un producto a partir de una estructura articulada unitariamente, en función de un vasto conjunto de interrelaciones entre el historiador y el hecho histórico. El concepto de *estructura* funciona partiendo de la siguiente tríada de elementos: la forma de concebir los acontecimientos, el método llevado a cabo para analizar estos hechos y el procedimiento crítico descriptivo de la realidad investigada. Pero no fue, en la práctica, hasta las primeras décadas del siglo XX cuando a merced de las aportaciones de la escuela Francesa de los *Annales*, empezó a modificarse de raíz el

objeto de la ciencia histórica, y la Historia empezó a ser definida como: “el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y creaciones de los hombres de otros tiempos, captados en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y sin embargo, comparables unas a otras (...); actividades que cubrieron la superficie de la tierra (espacio) la sucesión de las edades (tiempo)” (Pagès, 1987: 17). El historiador se acerca al conocimiento del tiempo y el espacio pretéritos a partir de su propio presente, y la historia se configura ante él asociada a dos dimensiones complementarias:

1) Dimensión subjetiva. Designa el conocimiento de una materia o su narración histórica, la ciencia especializada en el conocimiento del pasado, denominada Historia con mayúsculas (*historia rerum gestarum*).

2) Dimensión objetiva. Constituye la materia de dicho conocimiento, es decir, sus hechos y acontecimientos, lo ocurrido en ese pasado, la vida histórica denominada historia (*res gestae*).

Según Koselleck, los modos más habituales de tratar el tiempo se agrupan en torno a dos polos: el primero de ellos se concebiría como una cadena temporal teleológica, y el segundo, como una espiral recurrente (Koselleck, 2001). Los acontecimientos vividos, tienen el carácter de unicidad, y son experimentados en un primer momento como sorprendentes, en cualquier

ámbito que sea tematizado históricamente. De las sucesiones de acontecimientos únicos se pueden rescatar conclusiones remotas, o bien, incorporar reinterpretaciones progresivas a lo largo de un progreso madurativo, que pueden ser enumeradas literalmente a lo largo de la cadena temporal. Asimismo, en cualquier ámbito de la vida todo proceso histórico descansa sobre estructuras de repetición, fenómenos recurrentes susceptibles de ser modificados. El aparente carácter estático de un acontecimiento pasado de larga duración, puede cobrar dinamismo al introducirse en un bucle temporal sujeto a un complejo proceso de diferentes velocidades, aceleraciones o demoras, así como a la experiencia acumulada de múltiples generaciones. Este tipo de proceso nos sitúa en un *continuum* que une la experiencia de lo pretérito y la expectativa de lo futuro, mediante un círculo que se está reconstruyendo constantemente, generando precisamente, el carácter sorpresivo y dinámico del fenómeno histórico, donde radica gran parte de su interés. Esta reconstrucción, sin duda, exige inevitablemente frecuentes reinterpretaciones no sólo en el qué, sino en el cómo, como fuerza verificadora de su repetibilidad. Tal y como describe Walter Benjamín: como esa mirada del ángel de la Historia que vuelve su vista hacia el pasado en el cuadro de Paul Klee, *Angelus Novus...*

Traslademos ahora este proceso al estudio de los valores del patrimonio urbano. Espacio y tiempo se hallan estrechamente

interconectados. Con el transcurso del tiempo el espacio muta y este último asimila los sucesos acaecidos durante ulteriores ciclos cronológicos y acaba por convertirse también en tiempo. Podemos afirmar que el espacio es el resultado de la interacción entre los individuos y el ambiente que los rodea. Cuando el hombre toma contacto con cualquier espacio, *lo visual* (la imagen del ambiente que le rodea) se fusiona con *lo sensorial* (las sensaciones y emociones que le suscita ese preciso escenario). Al carácter de realidad inherente a las cosas mismas se añade la percepción sensorial que el hombre realiza, y, dicha conjunción, se proyecta hacia las propias cosas de una forma que resulta particular y diferente en cada ser humano. Porque toda percepción es una aprehensión que Zubiri denominó “intelección sintiente o sentir intelectual”, o dicho de otro modo, ese sentimiento por las cosas que configura la “impresión de realidad” (Zubiri, 1996), que fabrica, elabora y proyecta nuestro intelecto, determinando nuestra seducción o aversión hacia las mismas. No obstante y al mismo tiempo, del hombre emanan diversas emociones que, de forma continuada, van fundiéndose con el ambiente en su complejidad cognoscitiva, física y social, así como con los acontecimientos que en él se suceden, e igualmente con el resto de individuos de la sociedad en la que convive. El barrio, la plaza, la calle, o el portal son espacios de contacto humano que se

convierten en un anfiteatro donde se desarrolla la representación social del hombre en sus múltiples facetas. Parafraseando a Fernando Rodríguez de la Flor, la ciudad histórica se convierte en un teatro para la representación de la memoria, pues podemos entenderla como una alegoría de triple orden: material, simbólica y funcional, encontrándose la pérdida de su aura estrechamente relacionada con la elaboración de discursos que excluyen su componente espiritual (Rodríguez de la Flor, 1999-2000). El hombre en su camino generacional ha ido acotando aquellos espacios y ha fijado unos límites para marcar su territorio. Sin embargo el espacio pertenece al hombre de la misma manera que el hombre a éste, ambos se complementan y se necesitan. Precisamente mediante esta reciprocidad perpetuada a lo largo del tiempo, un espacio llega a cristalizar en un organismo histórico con personalidad propia, consigue el *genius loci*, que no es sino todo lo que se desprende de un lugar, la fascinación que motiva, el encanto que entraña, los sentimientos que genera..., su esencia, en definitiva, portadora de valores.

En cualquier caso, los valores se fabrican y re-construyen conforme a un sistema permanente de interacción. La co-presencia y el intercambio están condicionados por las infraestructuras presentes y las normas de utilización de la sociedad (Santos, 2000: 272). El sentido del tiempo y el sentido del espacio coexisten en nosotros y en el carácter de un

lugar, y la pérdida de la identidad y de la singularidad de un determinado lugar, es decir, de sus raíces histórico-culturales, se resuelve en la mutación de la ciudad en simple aglomerado de objetos. Porque la herencia cultural de una comunidad se acuña lentamente en el tiempo, y también se altera muy despacio y paulatinamente, pero como todo en la vida y en la historia, cambia, se muda, se transforma, se repite en definitiva. La espiral de la experiencia y el procesamiento de la unicidad de los acontecimientos culturales, es atribuible a las comunidades que conviven a lo largo de diversas y complejas generaciones, cuyo enriquecimiento recíproco facilita la comunicación a modo de eje de dicha espiral. Existen numerosas posibilidades de repetición de los acontecimientos que alcanzan una sucesión empírica en la medida que pueden explicarse entre sí. Es decir, estos fenómenos que rebasan lo cotidiano pueden considerarse como trascendentes en la medida que superan los límites de las generaciones presentes y son transmitidos recurrentemente a lo largo de la historia. Podríamos citar axiomas religiosos o metafísicos, en los que se han apoyado durante siglos creencias básicas modificables una y otra vez. Y es que, tal y como indica Koselleck, dicha repetición de experiencias, puede ser intencionada, pues cualquier experiencia cultural contiene un mínimo de necesidad de trascendencia, ya que sin ella no habría explicación última.

Indudablemente, uno de los grandes problemas a los que tiene que enfrentarse la sociedad actual, es retrotraerse al pasado para evocar acontecimientos que permitan leer e interpretar los códigos semánticos que encierra la ciudad histórica. Walter Benjamin afirmaba que la ciudad histórica es experimentada principalmente, dentro de la dimensión del recuerdo. La existencia cotidiana se transforma en un juego de espejos que le sirve al pensamiento para alimentarse de diferentes imágenes y transformase así en saber (Benjamin, 1986). Pero la cotidianidad a la que hacen referencia muchos de esos códigos de repetición puede convertirse en un arma de doble filo, pues en ocasiones, la familiaridad se transforma en indiferencia y puede dificultar la lectura de los valores y conducir a una desvinculación del pasado. Empero, la memoria constituye la superposición de recuerdos e imágenes colectivas que configuran una idea o una representación mental, no debiéndose jamás extirparse de la compleja sucesión temporal y espacial que constituye la realidad urbana. El mayor problema lo encontraríamos en las imágenes fragmentadas que muchas ciudades históricas exhiben de sí mismas, a causa de la destrucción, sustitución o reconstrucción de sus estructuras físicas. Dichas imágenes son adquiridas por nuestra mente a través del recuerdo, sin que exista una educación consciente, conformando una secuencia de formas en las que a menudo, no existe diálogo

semántico continuado. En tal caso, la imagen urbana no podrá transmitir su mensaje completo si no se preserva la combinación sintáctica entre las formas y su contexto narrativo.

Para comprender esta exposición podríamos remitirnos a la *metáfora del atrezzo*. Muchas ciudades tienden a mostrar la mejor imagen de sí mismas, enmascarando aquellas partes menos armónicas o enfatizando aquellas otras que responden a las normas de ornato establecidas, las modas o los ansiados cánones de contemporaneidad cosmopolita. El sistema urbano podría ser el equivalente a un escenario teatral, donde el atrezzo, la escenografía y el vestuario de los personajes contribuyen a representar una imagen pseudoreal. Trasladado al sistema urbano, la incorrecta incomprensión de los esquemas escenográficos que integra la ciudad histórica, puede conducirnos *a priori*, a evitar aquellos elementos que a primera vista se revelan como tediosos y enigmáticos. Esta circunstancia nos sitúa ante la proyección de una imagen fija y estática, como congelada en el último acto de una representación teatral a la que previamente no hemos asistido y por lo tanto, desconocemos su trama argumental. Por el contrario, si se fuerza a la sociedad al diálogo y se clarifican los argumentos en torno a los esquemas culturales del sistema urbano, podremos prodigar nuestra atención hacia los mismos elementos, pero reconvertidos en algo

novedoso y atractivo. De este modo, nos acomodaremos en nuestra butaca dispuestos a contemplar el principio de la representación y estaríamos preparados para iniciar un recorrido por la totalidad de imágenes que configura el contexto narrativo de la obra teatral.

4. Algunas reflexiones.

Para educar en la atribución de valores al patrimonio urbano mediante la Historia, hemos de reconocer el peso de la tradición en el momento histórico estudiado, aunque se trate de manifestaciones culturales contemporáneas. La conciencia histórica surge del replanteamiento de la tradición, es decir, de los elementos antropológicos y existenciales que conforman las actitudes y las emociones humanas. Refrendamos la elaboración de un discurso histórico que reconozca la acción de la tradición en la praxis de la Historia, pues la tradición aportará equilibrio entre el horizonte narrativo y la conciencia histórica. Así pues, resulta indispensable establecer canales de circulación cultural integrales, que permitan la proyección didáctica del pasado desde el presente, transformando el patrimonio urbano en un sistema de información global que conserve el campo semántico y simbólico vinculado a las representaciones materiales. Ello permitirá la apropiación social de los valores que la ciudad histórica atesora, más allá de impresiones decorativistas y sugerentes.

A través de la hermenéutica, los historiadores debemos asumir el rol de intérpretes entre el texto manifiesto y la totalidad de información subyacente en el mismo, apelando a la memoria. La comprensión de un texto debe determinarse en cohesión con la propia comunidad que nos vincula a la tradición, y debemos tener en cuenta que, dicha comunidad se encuentra sometida a continuos procesos de transformación. Nosotros mismos, instauramos la tradición en cuanto la comprendemos y participamos del acontecer de ella. Sin embargo, existe auténtica polaridad en la tradición: familiaridad y extrañeza. Ambos términos conviven y se necesitan, sólo se trata de hallar un punto intermedio entre la objetividad que proporciona la distancia histórica y la subjetividad del sentido de pertenencia. Al mantener un diálogo con el pasado nos situamos en una posición insólita de limitación interpretativa y ello requiere una metodología específica de cognición. Dicha metodología debe consistir en un comportamiento reflexivo sobre la tradición, que reemplace los ecos del pasado desde el contexto donde han enraizado, para confrontarlos con el contexto actual, lo que permitirá extraer conclusiones que van más allá de su significado inmediato. Se trata de adentrarse en la semiótica contextual del patrimonio urbano y establecer las condiciones necesarias para escrutar sus múltiples mensajes, extrayendo de los valores relativos

aquellos positivos, que descansan en su verdad intrínseca y reclaman una interpretación crítica.

Al respecto, el sentido de la pertenencia en el comportamiento hermenéutico-histórico resulta fundamental. Los textos pueden ser interpretados desde momentos o puntos de vista diferentes, pero los hechos se deberán evocar ineludiblemente, insertos en el contexto colectivo donde han acaecido. Cada vez se irán descubriendo nuevos errores y se filtrarán las posibles distorsiones, lo que posibilitará descifrar el verdadero sentido. Asimismo, constantemente aparecerán nuevas fuentes de comprensión que harán patentes algunas relaciones insospechadas. Pero lo que satisfará nuestra conciencia histórica será la pluralidad de voces que puedan converger en nosotros, como premisa para la interpretación y emisión de un juicio crítico. El concepto de la interpretación, será esencial, tal y como apuntaba Gadamer, ya que el intérprete juega un papel determinante en la transmisión del conocimiento de las tradiciones, integrándolas en una comunidad a través de su argumentación mediante un discurso legible: “El verdadero sentido contenido en un texto o en una obra de arte, no se agota al llegar a un determinado punto, sino que es un proceso infinito (Gadamer, 1991)”. En cualquier caso, no nos servirá ningún método universal para explicar un fenómeno concreto mediante

reglas generales, sino que deberá ser la propia ciudad histórica la que determine el método a emplear, para poder aprehender los valores del patrimonio urbano en su singularidad y unicidad. Nuestro modo de ver, leer e interpretar serán determinantes en la emisión de un juicio de valor y el principal problema con el que nos podremos tropezar, no será sólo la legitimidad de los esquemas de lectura, sino especialmente, el tipo de lenguaje empleado. Será necesario promover el reconocimiento en el presente, construyendo un *iter dialéctico* que permita construir y deconstruir, que individualice y asocie significados, lo que debe procurar mediante un *flash-back* constante.

Para concluir, en el amplio marco de la Historia Universal es dable al historiador catar los hilos, a veces sutiles, de la colaboración perdurable y continua de las comunidades humanas y de las más diversas agrupaciones culturales que hace posible comprobar la capacidad del hombre para renovarse y recrearse. El historiador interactúa como parte de la historia, como un personaje más que fluctúa por los límites de la misma, y la posición que ocupe en dicho escenario determinará el punto de vista que se emita sobre el pasado: “La materia sólo se nos antoja realmente significativa a la luz de aquél que ha acertado a mostrarla adecuadamente” (Gadamer, 1991).

5. Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1986): *Parigi capitale del XIX secolo*. Torino: Einaudi.
- Benjamin, W. (1998): Una imagen de Proust. En *Iluminaciones I*. Madrid: Taurus.
- Calaf, R. (2010): Un modelo de investigación en didáctica del patrimonio que recupera la práctica profesional en Didáctica de las Ciencias Sociales. En *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, 9, (pp. 17-28). Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, Institut de Ciències de l'Educació.
- Calderón Roca, B. (2012a): *Revisión del criterio historiográfico en la tutela de la ciudad histórica: teórica e instrucción a través de los paralelismos entre España e Italia (1900-1950)*. Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.
- Calderón Roca, B. (2012b): La memoria de la ciudad histórica: Revisión del criterio historiográfico aplicado su preservación. En Barral Rivadulla, M. D.; Fernández Castiñeiras, E.; Fernández Rodríguez, B. y Monterroso Montero, J. M. (coor.): *Mirando a Clío: el arte español espejo de su historia: Actas del XVIII Congreso del CEHA* (pp. 2847-2858). Santiago de Compostela: Universidad Santiago de Compostela.
- Cuenca, J.M., Estepa, J., Jiménez, R., Martín Cáceres, M., y Wamba, A. M^a. (2013). Patrimonio y educación: quince años de

investigación. En J. Estepa (Ed.): *La Educación Patrimonial en la Escuela y el Museo: Investigación y Experiencias* (pp. 13-24). Huelva: Universidad de Huelva.

-Fontal Merillas, O. (2006): Claves del patrimonio cultural del presente y desde el presente para abordar su enseñanza. En *Pulso. Revista de Educación*, 29. (pp. 9-31). Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

-Gadamer, H. G. (1991): *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.

-Gómez Redondo, C. (2014): Patrimonio e identidad: La educación patrimonial como vínculo entre individuo y entorno. En *Comunicaciones del I Congreso Internacional de Educación Patrimonial. Mirando a Europa: estado de la cuestión y perspectivas de futuro (Madrid, 15-18 de octubre de 2012)*, (pp. 15-22). Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

-Koselleck, R. (2001): *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona: Paidós, ICE Universidad de Barcelona.

-Lozano Bartolozzi, M. M. (1980): *El desarrollo urbanístico de Cáceres (siglos XVI-XIX)*. Cáceres: Caja de Ahorros de Cáceres, Universidad de Extremadura.

-Moradiellos, E. (1994): *El oficio de historiador*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

-Morales Miranda, J. (1998): *Guía práctica para la interpretación del patrimonio. El arte de acercar el legado natural y cultural al público visitante*. Sevilla: EPG, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.

-Nora, P. (1984): Entre histoire et mémoire. La problématique des lieux. En *Les lieux de mémoire. I La République*. Paris : Gallimard.

-Pagès i Blanch, P. (1985): *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Barcelona: Barcanova.

-Prats Cuevas, J. (1996): El estudio de la historia local como opción didáctica ¿destruir o explicar la historia?. En *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 8 (abril), (pp. 93-104). Barcelona: Grao.

-Rodríguez de la Flor, F. (1999-2000): Memoria del pasado. El período español en la formación de la conciencia patrimonial. En *El Vigía de Tierra* (Número monográfico dedicado al Primer Simposium sobre Fortificaciones y Patrimonio en la ciudad de Melilla. Clío y el Geómetra,) Melilla, 3-6 mayo de 1999), 6/7 (pp. 187-196). Melilla: Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte.

-Santos, M. (2000): *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.

-Traverso, E. (2007): *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.

-Zubiri, X. (1996): *Espacio, tiempo y materia*. Madrid: Alianza.